

# La crítica textual desde el Renacimiento hasta Lachmann (III)

POR  
GASPAR MOROCHO GAYO

## I. RENACIMIENTO BIZANTINO Y HUMANISMO ITALIANO

En la restauración de textos clásicos, los filólogos del Humanismo y del Renacimiento europeo eran deudores en muchas técnicas y procedimientos críticos de los maestros bizantinos de la era de los paleólogos: la consulta de varios *libri* para el establecimiento del *textus receptus* y la *emendatio ingenii ope* son tareas normales del quehacer crítico de toda la época del Renacimiento, como usual había sido en la práctica filológica de un Demetrio Triclinio la formulación de conjeturas.

Humanistas de prestigio eran conscientes de la continuidad en la tarea tradicional consistente en la depuración de los textos clásicos. Así F. ROBERTELLO, en su edición (1) de Esquilo, pág. \*2, nos dice que «eliminó las faltas con ayuda de los antiguos *libri*», esto es, por medio de manuscritos y ediciones impresas, según la terminología de la época, y «tomó los comentarios de antiquísimos códices, escritos por sapientísimos varones, que vivieron en Grecia en tiempos de nuestros antepasados: Calcondila, Planudes y Magister».

Entre el Renacimiento bizantino del siglo XIV y el occidental del siglo XVI, el Humanismo italiano del siglo XV constituye el eslabón de continuidad en el quehacer crítico y la confluencia de la cultura griega trans-

---

(1) F. ROBERTELLO, *Scholia in Aeschyli Tragoedias ex vetustissimis libris manuscriptorum collecta atque in hoc corpus redacta* (Editio princeps), Venetiis, 1552.



mitida por Bizancio y de la cultura latina de la Edad Media Occidental. En la restauración de los textos desempeña un importante papel el espíritu crítico de los nuevos tiempos, más libre y más laico. Se intenta reconquistar el pensamiento de la Antigüedad a través del estudio de la lengua y literatura, tomando como base los textos originales y se rechaza el recurso medieval a traducciones de segunda o tercera mano.

### 1. *El paso del Helenismo a Italia*

Antes de que las técnicas de Crítica Textual, como las de Demetrio Triclinio, fueran seguidas en Occidente por expertos humanistas, nos encontramos con el hecho de que Occidente tiene que aprender la lengua griega y reunir las principales obras de la literatura helénica. Pioneros en el paso e introducción del Helenismo en Italia fueron MANUEL CRISÓLORAS: el primero en comenzar la enseñanza del griego en Italia a partir de 1397. GIOVANE AURISPA y FRANCESCO FILELFO buscan manuscritos griegos por todo el Oriente para llevarlos a su país y los Papas Nicolás V y Pío II inician el depósito de manuscritos helénicos en la Biblioteca Vaticana, uno de los fondos más importantes en la actualidad de códices griegos y latinos, junto con la Biblioteca Mediceo-Laureniana de Florencia, la Marciana de Venecia, la Farnesiana de Nápoles, las Nacionales de París, Roma, Madrid, las Universitarias de Osford, Cambridge, Leiden y Salamanca y la Biblioteca Real de El Escorial.

La actividad del Cardenal Bessarión y de los hermanos Láscaris, Juan y Constantino, contribuyó en gran manera al renacimiento y expansión de los estudios helénicos en la Italia del siglo xv.

Su tarea en la copia y difusión de manuscritos griegos no difería de la que habían seguido los filólogos bizantinos del siglo xiv, como Planudes, Moscópulo, Magister y Demetrio Triclinio, autores de ediciones comentadas. Pero estos maestros griegos del siglo xv aparecen más preocupados en la difusión y enseñanza de la lengua y literatura helénicas que en el establecimiento de nuevas ediciones. El occidente europeo recupera el helenismo antiguo y la sabiduría griega a través de estos maestros y de otros muchos sabios, obligados a emigrar por el empuje del poderío otomano (2).

Pero si importante fue la contribución de los helenistas al renacimiento de la antigüedad clásica y al desarrollo de la crítica textual, no menos fecundas fueron las aportaciones de los humanistas italianos.

(2) G. CAMELI, *I dotti bizantini e le origini dell'Umanesimo. Manuele Crisolora, 1941*, págs. 28 y s. Véase también R. SABADINI, *Le Scoperte dei codici greci e latini nei secoli XIV e XV*, Florencia, 1905-1914, 1967<sup>2</sup>.

## 2. Petrarca (1304-1347)

Petrarca logró reunir la mayor colección de manuscritos latinos de su tiempo, viajando por toda Italia y buscando códices en bibliotecas conventuales y catedralicias. Para una labor de verdadera filología es imprescindible contar con varios manuscritos o ediciones de una obra, de ahí la importancia de la actividad colectora de Petrarca. En el campo de la pura crítica textual, Petrarca no conoció la premura angustiosa y el nerviosismo inherente al sistema de reproducción de libros mediante la imprenta, a partir de cuya invención todos querían ser los primeros en publicar la obra inédita de un clásico.

Petrarca, ante el error de un texto, tenía clara conciencia de que era posible subsanarlo mediante un retorno a los antiguos ejemplares, por eso intentaba recuperar las mejores copias de libros antiguos. Esta actividad de Petrarca era continuación de la *praxis* normal de la antigüedad latina, en la que se buscaban ejemplares diversos de autores clásicos, para cotejar el texto de varios códices y obtener la buena lectura mediante la comparación de variantes. Es el mismo procedimiento que hemos observado en los filólogos bizantinos del siglo XIV y que en ocasiones se había utilizado también en la Edad Media Latina.

Así pues, el quehacer crítico de Petrarca, la *emendatio ope codicum*, fue muy superior a la de otros muchos humanistas de finales del cuatrocientos y principios del quinientos, deseosos de publicar *editiones principes* de clásicos. El primer libro impreso en caracteres griegos fue la gramática de Láscaris (Constantino) en 1476 (3).

## 3. L. Valla (1407-1475)

En la obra de Petrarca tuvieron una importancia considerable los elementos formales y estilísticos (4), así como en la de Lorenzo Valla (5), cuyas traducciones latinas de Heródoto y Tucídides constituyen un verdadero trabajo de crítica textual.

Las *emendationes* de Valla marcan un hito decisivo en la crítica textual del Renacimiento. La comparación de la *Vulgata* de San Jerónimo con el original griego que comenzó Valla, serviría de acicate a Erasmo en

(3) A. PERTUSI, «Erotemata. Per la Storia e le fonti delle prime grammatiche greche à stampa», *Italia Medioevale e Umanistica*, V, 1962, págs. 323 y ss.; pero véanse las precisiones de H. FRÄNKEL en *Constantinus Lascaris, Greek Grammar*, Amsterdam, 1966, pág. 15.

(4) W. K. FERGUSON, *The Renaissance in Historical Thought Five Centuries of Interpretation*, Cambridge, 1948, pág. 386.

la edición griega del Nuevo Testamento. Valla sometió el texto de la *Vulgata* a un análisis textual y estilístico muy rigurosos (6).

Pero Valla, al igual que Petrarca, se basó en su tarea crítica en los elementos de la latinidad y no en los principios del helenismo, cultivados posteriormente en otras naciones de Europa (7). La tarea crítica de los primeros humanistas italianos puede sintetizarse: —en la búsqueda de manuscritos antiguos, —en la indagación de lecturas auténticas en códices, y—en la formulación de excelentes conjeturas, como las que podemos encontrar en los escritos de Valla. No obstante, sería la imprenta el principal medio que introdujo cambios profundos y revolucionarios en la producción y difusión de libros, así como en la *constitutio textus*.

#### 4. La imprenta

Las primeras *editiones principes* (8) se basan, por lo general, en *codices recentiores*, más fáciles de encontrar y de lectura más asequible para los tipógrafos. Pero la invención de la imprenta no abolió la costumbre de seguir copiando códices, algunos de ellos críticamente interesantes hoy en día, frente a la opinión en boga del siglo XIX y comienzos del XX, según la cual, todo códice *recentior* era *deterior* (9).

Cuando ya las obras de los clásicos estaban impresas, no siempre se conservaron los códices con el cuidado debido. Manuscritos de diversos autores griegos y latinos cayeron en el olvido o se perdieron después de la publicación y aceptación del *textus receptus*. No obstante, conservamos apógrafos (10) o ediciones que habían colacionado o recogido el texto de la mayor parte de esos códices perdidos. En algunos casos se ha perdido la tradición manuscrita, y la crítica textual contemporánea tiene que basarse en las *editiones principes* (11).

En la edición de una obra clásica no se copiaba un manuscrito para el tipógrafo, sino que el editor entregaba un códice en la imprenta copia-

(5) F. GAETA, *L. Valla, Filologia e Storia nell'Umanesimo Italiano*, Roma, 1955 y, sobre todo, G. P. ALBERTI, «Tucidide nella traduzione latina de L. Valla», *SIFC*, 29, 1957, págs. 1-26.

(6) R. PFEIFFER, *Historia de la Filología Clásica (De 1300 a 1850)*, Madrid, 1981.

(7) G. RIGHI, *Historia de la Filología Clásica*, Barcelona, 1969<sup>2</sup>, pág. 86.

(8) Los primeros textos latinos impresos fueron los tratados *De officiis* y *Paradoxa* de Cicerón (1465). En Griego los primeros libros impresos por razones didácticas fueron las Gramáticas de Láscaris (Milán, 1476) y la de Manuel Crisoloras (Venecia, 1484). La edición príncipe de Homero data de 1488 cuando ya se había publicado la mayor parte de los clásicos latinos.

(9) R. BROWNING, «Recentiores non deteriores», *B.I.C.S.*, VII, 1960, pág. II-21.

(10) Entendemos *apógrafo* como el manuscrito copiado de otro existente, aunque en este caso los códices de que se copiaron estos apógrafos se hayan perdido.

(11) C. GIARRATANO, «La crítica del texto», en *Introduzione alla Filologia Classica*, Milán, 1955, págs. 84-86, donde aduce una serie de ejemplos para los textos latinos.

do en algún *scriptorium* antiguo o más generalmente reciente, es decir, una copia humanística (12). En dicha copia se incorporaban lecturas de otros manuscritos antiguos, así como conjeturas bastante mediocres que hacía el propio editor *suo ingenio*. No sin razón Valla se reía de la mayor parte de las conjeturas hechas en su tiempo. El manuscrito que había servido de base al tipógrafo, por lo general se destruía, pero la edición impresa pasaba a ser la *vulgata* o *textus receptus*, una mezcla, la más de las veces, de lecturas tradicionales y de conjeturas. Tal es la génesis de la *lectio recepta* que, con frecuencia, es la que ha llegado a nuestras ediciones (13).

En las *editiones principes* de textos griegos el título de la obra y el nombre del autor, así como las iniciales de los personajes en las obras dialogadas suelen ir en letras mayúsculas. La poderosa imprenta de Aldo a partir de 1494 selecciona como modelo tipográfico la cursiva bizantina de los siglos XIV y XV, tipo de escritura que, con sus ligaduras y abreviaturas, suponía un retroceso en comparación con la excelente minúscula de los siglos IX-X. Papel preponderante en la forma de los tipos de caracteres griegos desempeñó el docto Marco Musurus y su equipo de tipógrafos cretenses.

Por otra parte, si comparamos las primeras *editiones principes* de autores griegos con las ediciones de los maestros de la era de los paleólogos, podremos observar una notable diferencia, las *editiones principes*, por lo general, no son «ediciones comentadas», es decir, en los libros impresos se publica únicamente el texto del autor desprovisto de glosas y en muchas ocasiones faltan los comentarios marginales. Son ediciones que responden a la exigencia de producción de libros en gran escala para satisfacer la demanda de un comercio creciente y no siempre destinados a la enseñanza.

No obstante, se publican a veces ediciones que obedecen a criterios personales de doctos editores y sabios maestros, quienes procuraban dar a la luz un texto más cuidado apoyándose en códices más autorizados. Para comprender mejor la oposición entre «ediciones comerciales» y «ediciones eruditas», consideraremos la actividad de Poliziano y de Erasmo.

---

(12) E. J. KENNEY, *The Classical Text (Aspects of Editing the Age of the Printed Book)*, Berkeley, 1974, pág. 4.

Este libro constituye una aportación básica sobre las técnicas y métodos de edición a partir de la imprenta, sus capítulos sobre la teoría y práctica de la *emendatio* constituyen una excelente reflexión sobre los métodos de crítica textual desde el siglo XV hasta LACHMANN. No obstante el autor debe mucho a los estudios de TIMPANARO, quien, a nuestro juicio ha sabido hacer una síntesis difícilmente superable de los trabajos anteriores al método de LACHMANN.

(13) M. FINAZZI, *La Stampa Graeca a Venezia nei secoli XV e XVI. Catalogo di mostra*, Florencia, 1968.

### 5. Angelo Poliziano (1454-1495)

Intentó que su obra no fuera deleite para una lectura momentánea, sino más bien una «adquisición duradera». Poliziano no dejó preparada ninguna edición completa, pero si se reunieran las notas marginales que tomó en diversos manuscritos hoy dispersos, formarían diversos volúmenes. Su obra principal es *Miscellanea*.

Poliziano utiliza una terminología posteriormente muy divulgada. Con la expresión *vetustissimo codice* alude a los antiguos manuscritos en capital y a los códices anteriores al siglo IX, y bajo el sintagma *novos codices* se designan los manuscritos *recentiores* y/o las ediciones ya impresas.

En su crítica procuraba no añadir ni omitir nada de lo que encontraba en los manuscritos, dejando a la consideración libre de cada uno aquellos pasajes en los que se servía de su *iudicium*, es decir, los pasos corregidos por conjeturas (14). Fue el primer italiano que trató de enmendar un texto griego y de suplir las palabras que faltaban en los manuscritos (15). Parece que fue también el primer occidental que cotejó manuscritos completos. Novedad importante de la crítica de Poliziano fue la utilización de siglas especiales en la designación de manuscritos, la insistencia en el conocimiento de los mejores códices como defensa contra las aventuradas conjeturas de sus contemporáneos y sobre todo la *eliminatio codicum descriptorum*, procedimiento que no vuelve a aparecer hasta el siglo XIX, a partir del cual se aplicaría de forma sistemática entre los discípulos de LACHMANN (16). Tales aportaciones para el desarrollo de la crítica textual pueden comprobarse en *Miscellanea XVIII*, donde demuestra que el manuscrito de las *Epistulae Familiares* de Cicerón (Laur., 49,4 = P) es una copia de *Laurentianus*, 49,9 = M, que Poliziano designa con el nombre de copias de Verchelli y de Coluccio, respectivamente. Demuestra que P, en el que un gran número de folios fueron desplazados por error en su confección, es el antepasado de una familia de manuscritos tardíos, en los que la secuencia de un grupo de cartas presenta una distribución similar a la de P.

### 6. Erasmo de Rotterdam (1466-1536)

Erasmo consideró que la tarea más alta de todas consistía en la revisión de textos antiguos, siendo previo un conocimiento satisfactorio de las lenguas clásicas. En su escala de valores, primero estaba la Sagrada

(14) E. J. KENNEY, *op. cit.*, págs. 5-12.

(15) R. PFEIFFER, *op. cit.*, págs. 72-85.

(16) L. D. REYNOLDS-N. G. WILSON, *Scribes and Scholars*, Oxford, 1968, pág. 120.

Escritura, luego los clásicos y, por último, los Padres de la Iglesia, que constituían la conexión entre lo clásico y la Biblia.

En la *Praefatio* de su primera edición del Nuevo Testamento (1516) nos habla no sólo de la necesidad de nuevas ediciones, sino, además, de la conveniencia de dotar a los textos de comentarios, paráfrasis y traducciones. La utilización de manuscritos griegos para corregir el texto de la *Vulgata* había sido iniciada por Valla, pero fue aplicada de modo sistemático por el filólogo holandés, quien se procuró buenos manuscritos, si hemos de dar crédito a lo que nos dice en sus *Cartas*. Pero Erasmo no utilizó suficientemente las lecturas de los manuscritos, y siguiendo la costumbre de su época, sentía gran afición por la formulación de conjeturas propias, a las que concedía gran crédito. No obstante, el texto griego del Nuevo Testamento establecido por Erasmo, y publicado por Estienne en 1550, fue durante más de tres siglos el *textus receptus* de la Iglesia Reformada y lectura obligada en las disquisiciones teológicas, y a pesar de los reparos que se han formulado no se puede negar que Erasmo fue el mayor crítico de su tiempo.

Publicó textos griegos de Aristóteles, Demóstenes, Juan Crisóstomo y después de su muerte aparecieron tres volúmenes en folio de la obra de Orígenes.

## II. LA CRÍTICA TEXTUAL DURANTE EL RENACIMIENTO: SIGLO XVI

Muy pronto la actividad crítica sobre los textos de la cultura grecolatina iniciada en Italia iba a propagarse con mayor o menor intensidad por todas las naciones europeas y a través de España llegaría hasta el Nuevo Mundo (17).

Ya nos hemos referido a Erasmo, uno de los mejores críticos de la Europa moderna (18). Para Erasmo, todo podía ser útil para entender y explicar correctamente los textos antiguos: Geografía, Botánica, Historia, Etnología, Numismática, Astronomía, Ciencias Naturales, Problemas Militares, Agricultura, Música, Arquitectura... Este programa será recogido posteriormente por la Filología poligráfica francesa, cuyas ediciones eruditas constituyen un arsenal de datos y en las que se puede comprobar los métodos e ideas provenientes de los escritos del sabio holandés (19).

(17) J. K. DEMETIUS, *Greek Scholarship in Spain and Latin America*, Chicago, 1965.

(18) R. PFEIFFER, *op. cit.*, págs. 123-167.

(19) G. RIGHI, *op. cit.*, pág. 105.

## 1. España

Por lo que a España se refiere, LÓPEZ RUEDA (20) ha estudiado la tarea de nuestros humanistas en el campo de la crítica textual de autores greco-latinos. Muy pocos fueron los libros griegos publicados en España en el siglo XVI.

A. TOVAR (21) ha consagrado un pormenorizado estudio a un códice de los bucólicos griegos sobre el que trabajó Fernán Núñez (Pinciano), para enmendar el texto de Teócrito sobre la base del denominado *Codex Patavinus*, utilizado ya por Musurus. Núñez mejoró considerablemente el texto de las *Constituciones bizantinas* con buen número de variantes (22), y Pedro Juan Núñez, en su edición y comentarios de Frínico tuvo en cuenta fenómenos de aplografía y dissografía.

La edición de la *Políglota Complutense* desde el punto de vista crítico fue un trabajo muy pobre. Una de las razones de que la crítica textual de nuestro país no alcanzara mayor desarrollo se debe a la oposición de la Iglesia, que consideraba el trabajo filológico y muy particularmente la crítica textual como un estudio, en cuyo campo brotaba un semillero de herejes.

Según la Inquisición, quien corregía un texto profano osaría igualmente poner las manos sobre el texto sagrado para enmendarlo.

Nuestros humanistas, los realmente valiosos, no llegan a la docena. Como ocurre con sus coetáneos extranjeros, no investigan el *stemma codicum*, sino que el principal criterio que siguen en la valoración de un manuscrito consiste en su antigüedad y en la buena calidad de las lecturas. Según opinión generalmente divulgada fue Lucas de Brujas quien afirmó por primera vez que la *germana lectio* no debe apoyarse en el *consensus codicum*, sino en la calidad misma de la lectura. Pero este principio lo encontramos ya formulado doscientos años antes en la *Apología* de Nebrija (23).

(20) J. LOPEZ RUEDA, *Helenistas españoles del siglo XVI*, Madrid. 1973, págs. 289-236.

(21) A. TOVAR, «Fernán Núñez de Guzmán sobre el códice B de los bucólicos griegos», *Emerita*, 13, 1945, págs. 41-48.

(22) R. PFEIFFER, *op. cit.*, págs. 165-167.

(23) *Nam quod isti dicunt sequendum esse illud in quo plures codices conveniant: id quidem periculosum consilium est: neque magis admittendum quam si quis in vita suaserit id esse faciendum non quod optimus quisque sed quod plerique omnes faciunt: in artibus et scientiis id sentiendum: quod incertum vulgus atque imperita multitudo putat: cum in omnia re diiudicanda non sint numeranda: sed ponderanda suffragia.*

La tarea de nuestros humanistas en lo que a crítica textual se refiere, puede sintetizarse en los siguientes puntos:

- 1.º Correcciones basadas en los manuscritos.
- 2.º Apoyo en el contexto, en el *usus scribendi* del autor.
- 3.º Depuración de glosas e interpolaciones, y
- 4.º Formulación de nuevas conjeturas que, en algunos casos concretos, editores posteriores han considerado como excelentes.

El profesor LUIS GIL ha expuesto pormenorizadamente el panorama del Humanismo español durante el siglo XVI (24) y últimamente ha publicado un libro sobre los estudios clásicos en España hasta el siglo XVIII, en el que podemos encontrar abundante información sobre la publicación de libros y ediciones en general (25).

La literatura castellana del Siglo de Oro ofrece una problemática críticamente muy importante y más se asemeja en ocasiones a la forma de transmisión de la literatura ateniense hasta la Filología alejandrina que a la manera de transmisión de textos que esperaríamos en un país europeo después de la invención de la imprenta.

Durante los siglos XVI y XVII muchos estudiantes y profesores se procuraban sus propias ediciones, transmitidas de mano en mano. Obras clásicas, como las *Poesías* de Fray Luis de León, o la *Vida del Buscón*, de Quevedo, mucho antes de ver la luz de la imprenta corrieron de mano en mano en múltiples copias manuscritas y privadas. Actualmente la edición de las obras de muchos clásicos españoles implica problemas similares a los que plantean las ediciones de obras de autores griegos y latinos.

Frente a la doctrina de los Padres de la Iglesia que aconsejaba, en los casos de duda, acudir siempre a la lengua original, hebreo o griego, las disposiciones emanadas de Trento prohibirían el recurso a las obras originales en el estudio de la Sagrada Escritura, admitiendo únicamente la posibilidad de elegir aquellas lecturas en que coincidieran la mayoría de los manuscritos.

La Inquisición española en el estudio de la Biblia no solamente prohibió el recurso a las lenguas originales, sino, además, las traducciones que se basaran en dichos textos. Resulta sobradamente conocido que humanistas ilustres del siglo XVI, como Fray Luis de León o El Brocense, estuvieron sometidos a procesos de la Inquisición. A pesar de estas condiciones adversas, los espíritus libres de nuestro país intentaron, por di-

---

(24) L. GIL, «El Humanismo Español del siglo XVI», *Actas del III Congreso Español de Estudios Clásicos*, 1968, págs. 210-297.

(25) L. GIL, *Panorama Social del Humanismo Español (1500-1800)*, Madrid, 1981.

versos medios, estar informados de las diversas corrientes europeas y, en ocasiones, realizaron buen trabajo de crítica textual.

## 2. Francia

Durante el siglo XVI el primado de la cultura pasó de Italia a Francia, sobre todo al rodearse Francisco I de los artistas y sabios italianos más importantes de su tiempo.

GUILLAUME BUDE (1467-1540) fue un protector de la imprenta en caracteres griegos que, con HENRI y ROBERT ESTIENNE (Stephanus), padre e hijo, iba a producir espléndidos resultados. Estos dos editores publicaron dieciocho *editiones principes* y cincuenta y seis ediciones de obras ya impresas.

Robert fue el primero que empleó siglas para distinguir los manuscritos utilizados, y mediante ellas, señalaba las variantes en los márgenes en su reedición del *Nuevo Testamento* de Erasmo en 1550. También fue obra de Robert la numeración de los versículos de la Biblia, siendo famosa su edición griega del *Antiguo Testamento*.

Las ediciones de *Stephanus* constituyeron la *vulgata* de los autores griegos, a pesar del abuso de sus violentas y arbitrarias conjeturas. Pero estas ediciones sólo ocasionalmente señalan las variantes, y eso como formas accesorias, sin distinguir las verdaderas lecciones de las meras conjeturas, de ahí la prudencia extrema que debe observarse en la consulta de las ediciones renacentistas.

Dentro de la tendencia historicista y erudita de la filología francesa podemos señalar otros nombres como el de ADRIEN TURNEBE (1512-1565) quien editó las tragedias de Esquilo y Sófocles, basándose en los escolios de Triclinio y recurriendo a enmiendas muy audaces. Su edición de Esquilo (1552), provista de numerosas notas y conjeturas, subsana muchos defectos de la Aldina.

También fueron meritorias las ediciones de Horacio, Lucrecio y Cicerón de Lambrino, de Monteuil sur Mer (1520-1572), por su excelente exégesis y por las depuraciones y castigos que introdujo en los textos. En la edición de Horacio utilizó diez códices, y cinco en la de Lucrecio. El trabajo de JOSEPH JUSTUS SCALIGER (1540-1609) se caracteriza por la búsqueda tenaz de manuscritos, como puede apreciarse en su edición de los tratados botánicos de Teofrasto. SCALIGER sostenía, con buen criterio, que la crítica textual debía apoyarse sobre la tradición genuina de los códices. Efectuó felices correcciones supliendo las lagunas de muchos pasajes. Sus conjeturas sobre el libro I de la *Crónica* de Eusebio fueron confirmadas en 1818 por la versión armenia. Con razón SCALIGER ha reci-

bido el título de *princeps philologorum* de la Edad Moderna. Una de las mayores aportaciones consistió en haber reconstruido como arquetipo un *exemplar gallicanum* en sus *Castigationes in Catullum* (1557).

### 3. Italia

A partir del 1500 Italia comienza a perder la primacía de los estudios en el campo filológico. No obstante, sería una decadencia lenta. Ya hemos dicho que muchos estudiosos italianos pasaron a la corte de Francisco I. Pero otros muchos siguieron trabajando dentro de su propio país.

FRANCESCO ROBORTELLO (1515-1517) fue el primer autor de un tratado teórico sobre crítica textual titulado *De arte sive ratione corrigendi antiquorum libros disputatio* (1557). Estudiante de la *Poética* de Aristóteles y crítico del texto de Esquilo, ROBORTELLO se muestra orgulloso de la originalidad de la doctrina de su opúsculo *a nullo ante tradita... nunc primum a me excogitata*. Define su método en términos familiares para la crítica moderna: «restituir el texto de los antiguos escritores en su pristino esplendor y enmendar los pasajes corruptos, bien por conjetura, bien por la consulta de *libri*, ya manuscritos, ya impresos».

Esta misma doctrina la hemos encontrado expuesta en su edición de Esquilo (1552), *tragoediae nunc primum ex m(anu)s(crip)tis libris infinitis erratis expurgatae ac suis metris restitutae*. Para la corrección de «tantos errores» ROBORTELLO se ha basado en la *librorum auctoritate* y en la *emendatione quae nititur coniectura*, que el crítico se ve forzado a utilizar por dos razones «o porque se ve privado de la ayuda de los manuscritos o porque *codices optimi depravati sunt*». Pero ROBORTELLO pone reparos a la conjetura: «no debe apartarse mucho de los vestigios de la verdadera lectura, vestigios que de alguna forma suelen aparecer» (26).

ROBORTELLO también se gloria de haber corregido pasajes de Cicerón, *tantum... nostro sensu et ingenio*. Ingenio que el editor califica como *firmior* en relación con las lecturas de los códices.

Las correcciones pueden ser confirmadas en los manuscritos antiguos recurriendo a tres nociones diferentes: antigüedad, escritura primitiva y palabras o locuciones. El error puede haber sido cometido por ignorancia de una de esas tres nociones.

ROBORTELLO distingue ocho tipos de errores dentro de la *emendatio*, a saber, *aditio*, *ablatio*, *transpositio*, *copulatio*, *mutatio*, *extensio*, *contractio* y *distinctio*.

(26) ROBORTELLO, *op. cit.*, págs. \*2.\*3.

#### 4. Otras obras sobre crítica textual

Menos interesante nos parece la aportación de WILHELM CANTER (1542-1595), editor, como ROBORTELLO, de una edición de Esquilo (1580), cuyo texto supone cierto avance en el establecimiento de la colometría de las partes corales y autor de un tratado teórico de crítica textual titulado *De ratione emendandi graecos auctores syntagma* (1566), en el que procediendo por errores de letras, sílabas y palabras nos ofrece una guía completa de los hábitos del copista.

El tratado más importante sobre crítica textual publicado en este periodo fue obra de GASPAR SCHOPPE, Sciopius (1576-1649): *De arte critica et praecipue de altera ejus parte emendatrice* (1597). Limita su discusión a los autores latinos, principalmente a Plauto y circunscribe el quehacer crítico a dos tareas específicas: la interpretación y el uso de los manuscritos para corregir el texto, postulando la *emendatio ex codicum auctoritate* ante la temeraria irresponsabilidad de los editores contemporáneos.

Siguiendo la metodología utilizada por CANTER y mediante una selección de ejemplos más exacta, amplia y metódica que la de ROBORTELLO, SCHOPPE nos ofrece un completo esquema para proceder a la corrección de un texto antiguo (27).

#### 5. Consideración final sobre la crítica textual del siglo XVI

Refiriéndose a la actividad de los críticos y escritores del siglo XVI, E. J. KENNEY ha llegado a la siguiente conclusión:

«Por lo general, estaban más preparados y disponían de mejores medios para establecer el texto de sus ediciones, que sus predecesores del siglo xv. Su tarea principal consistió en la depuración de los textos por medio de correcciones y su quehacer podría resumirse en tres palabras: *emendare, corrigere, emaculare*» (28).

La *emendatio* se realizaba mediante el recurso a los manuscritos y por su propio ingenio. La *emendatio codicum et ingenii ope*, es la tarea más característica de la crítica textual hasta el siglo xix. Pero la *emendatio* renacentista era ya una forma de *recensio*.

Durante los siglos xvi y xvii se progresó muy poco en la crítica textual de los autores griegos, si comparamos los notables avances y progresos que se realizaron en la depuración de los autores latinos.

(27) Cf. pág. 38 del *De Arte Critica*, de SCHOPPE reproducida en KENNEY, *op. cit.*, página 39.

(28) *Op. cit.*, pág. 25.

## III. LA CRÍTICA TEXTUAL EN LOS SIGLOS XVII-XVIII.

1. *Contrarreforma y Estudios Clásicos: Paleografía, Diplomática.*

La Contrarreforma católica ocasionó en España, Italia y Francia la ruina de los estudios clásicos. En los países católicos la enseñanza del griego fue a caer en manos de los jesuitas, cuya *regula studiorum* acabó sofocando cualquier rebrote de libertad y espíritu crítico. En el campo católico la práctica de la crítica textual llamada «libre examen», era considerada como gravísimo pecado de herejía. Filólogos tan excelentes como CASAUBON (1559-1614) tuvieron que exiliarse de Francia. CASAUBON llegó a ser obispo de Westminster, y son famosas sus ediciones de los *Caracteres* de Teofrasto, de los *Deipnosophistae* de Ateneo y de los *Scriptores Historiae Augustae*.

No obstante, hay que destacar el renacimiento cultural de la orden benedictina y sobre todo el trabajo llevado a cabo por los benedictinos del monasterio de San Mauro, entre los que se encuentra MABILLON (1632-1707), fundador de la Diplomática y el primero que afrontó científicamente el estudio de la Paleografía.

DANIEL PAPENBROEK, en su *Propylaeum antiquarium circa veri ac falsi discrimen in vetustis membranis* (1686), cimentó la crítica de la autenticidad de los diplomas, al postular que ciertos caracteres, comunes a todos los documentos, permiten generalizar el estudio y establecer los métodos de crítica histórica propios de esta categoría de escritos. Por eso, el verdadero fundador de la Diplomática fue el jesuita PAPENBROEK, aunque el nombre de esta disciplina y la formulación definitiva de sus métodos aparecen en la obra de J. MABILLON (29).

MABILLON hizo converger en el estudio de los documentos las luces proyectadas por diversas disciplinas: Filología, Cronología, Escritura..., fue de hecho el fundador de la Paleografía al dedicar al estudio de la escritura y sus formas el capítulo IV del libro 1.º y todo el libro 5.º. La importancia dada a la escritura se explica porque son los *specimina veterum scripturarum ex quibus pendet iudicium de priscorum autographorum veritate*. De esta forma se crea la crítica de la autenticidad.

(29) *De re diplomatica libri VI in quibus quidquid ad veteram instrumentorum antiquitatem, materiam, scripturam et stilum: quidquid ad sigila monogrammata, subscriptiones, ac notas chronologicas: quidquid inde ad antiquariam, historicam, forensemque disciplinam pertinet, explicatur et illustratur*, París, 1681. Sobre la Historia de la Diplomática ver A. GIRY, *Manuel de Diplomatique*, París, 1894.

## 2. *El estudio de los códices griegos. La «Codicología»*

En griego, por la naturaleza misma del material transmitido, el estudio se desplazó de la crítica de las actas y del estudio de los archivos al estudio de los manuscritos de las bibliotecas. El *codex* sustituye al diploma como objeto de investigación. De este modo, al lado de la Diplomática nace la «Codicología», término que mucho después acuñaría A. DAIN.

Fue BERNARD DE MONTFAUCON quien realizó en el campo griego, en los códices, lo que MABILLON había hecho en el dominio de los diplomas latinos. MONTFAUCON publicó la primera *Paleografía Graeca* (1708). En ella y en su *Bibliotheca Bibliothecarum* reseñó 11.630 manuscritos griegos.

No vamos a insistir en la importancia que la Paleografía y Codicología tienen para el estudio de la crítica textual, cuando ésta se verifica en textos antiguos y medievales. Muy pronto los contemporáneos advirtieron la vinculación de la crítica con la Paleografía y Codicología.

El *Ars Critica*, de JEAN LE CLERC (1657-1736), libro del que se publicaron varias ediciones en Amsterdam y Londres a partir de 1697, cita en las últimas ediciones la obra de MABILLON y de MONTFAUCON y recoge ciertos aspectos, como la división de la escritura latina en mayúscula y minúscula. LE CLERC define la crítica textual como *ancilla*, ya que abre el camino a la erudición verdadera. Para él, la crítica es, principalmente, un problema de estilo; en su libro se concede mayor importancia a la interrelación de los manuscritos que al juicio crítico de casos específicos. Cuando LE CLERC habla de «cambiar el texto», quiere significar, por lo general, la modificación de la *lectio recepta* del texto transmitido y divulgado en las ediciones impresas.

## 3. *Reforma protestante y estudios bíblicos*

Si la contrarreforma católica había llevado a los estudiosos a desempolvar los documentos de los archivos, para demostrar la antigüedad de ciertas instituciones eclesiásticas, dando origen a la Diplomática y Paleografía, la reforma protestante, por su parte, iba a profundizar en el estudio de la Sagrada Escritura, estableciendo una serie de normas de crítica textual, que han llegado hasta nuestros manuales y con los que todavía operamos hoy en día.

Fue la Universidad de Leiden el foco irradiador de las nuevas ideas. En ella comienza una nueva etapa en la historia de la Filología, caracterizada por la primacía de la crítica textual. En Leiden enseñaron los principales humanistas del siglo XVII, perseguidos en sus países de origen por sus libres opiniones religiosas.

#### 4. La crítica textual en Holanda.

Notorios son los conocimientos de N. HEINSIUS (1620-1681) en crítica textual, reunidos en un volumen por P. BURMANN(30), y en los que el principio básico es la *emendatio codicum et ingenii ope*, lugar común de toda la crítica de este periodo desde su formulación explícita en la *Satyra Menippeae* de Lipsius (1600). La aportación de HEINSIUS consistió en postular que la colación e investigación de los manuscritos debe preceder siempre a la constatación de las corruptelas del texto y, por lo tanto, a la formulación de conjeturas. Fiel a este principio, HEINSIUS en su edición de Claudiano y de Ovidio aportó un número considerable de conjeturas, por creer que este procedimiento era una parte esencial de la crítica textual (31).

Los discípulos de G. Voss (1577-1649), profesor de elocuencia en Leiden, y de HEINSIUS, continuaron trabajando entusiastamente en los manuscritos, aunque con frecuencia estos códices eran poco importantes por la inconsistencia de sus lecturas.

ISAAC VOSSIUS (1559-1624), bajo el mecenazgo de la reina Cristina de Suecia, pudo consultar excelentes manuscritos griegos, procurando reunir lecturas del mayor número de códices que le fue posible.

#### 5. Colaciones para otros

En las bibliotecas de Oxford, Cambridge y Leiden se conservan ediciones impresas, en cuyos amplios márgenes se transcriben lecturas de códices antiguos y de otros más recientes. Existen también ejemplares manuscritos con lecturas colacionadas a veces por terceras personas en volúmenes de *Adversaria*, cuyo contenido consiste en colaciones de variantes de diversos manuscritos. Así, por ejemplo, el contenido del manuscrito Nn IV, 6, de Cambridge es como sigue: *Variae lectiones in Pindari Odas. Theocriti Idylia et Hesiodi Opera. Variae lectiones in Aschylum*. En este último caso, según tuve ocasión de comprobar, se recogen lecturas colacionadas del Mediceo (pág. 13), Colbertinus 1 (pág. 30), Colbertinus 2 (pág. 29) y de otros cuatro códices de la Biblioteca Nacional de París bajo las siglas A (= Paris. gr. 2786) B (= Paris. gr. 2787) C (= Paris. gr. 2788) D (= Paris. gr. 2786).

Estos manuscritos de *Adversaria* de los siglos XVII-XVIII que recogen variedad de lecturas, así como las ediciones impresas anotadas en el mar-

(30) *Op. cit.* pág. 343.

(31) F. F. BLOACK, *Nicolaas Heinsius in diens van Christina van Zweden*, Leiden, 1949, págs. 217-243.

gen, nos ilustran de modo excelente sobre la metodología de la época en la preparación de ediciones críticas.

El volumen *Adv.* a 64.1 contiene las siguientes notas manuscritas de NEEDHAM, enviadas por un erudito francés que llevó a cabo una colación por encargo de NEEDHAM, cuyo contenido pude transcribir en la University Library de Cambridge:

«Hemos colacionado tres manuscritos (= La + Ab, P, Sc en la actual simbología de A. TURYN) confrontándolos con las ediciones impresas; a partir de las notas manuscritas hemos enmendado muchos errores de las ediciones, pero hemos dejado sin enmendar algunos otros. También hemos omitido algunas lecturas por ser de poca importancia, como *toi* en vez de *ite* o *ge* en vez de *te*. En el manuscrito real 3330 (= Paris. gr. 2788 Sc) y 3320 (+ Paris. gr. 2786 La + Ab) existen glosas tanto interlineales como marginales que no deben despreciarse. La mayor parte de ellas las tiene el códice 3320<sup>2</sup> (= Paris. gr. 2787, P) y son obras de un hombre docto, que no sólo explica el texto, sino que además lo corrige con mucha frecuencia. Transcribir todas estas notas desde el comienzo habría sido un trabajo enorme y por eso no las hemos transcrito.»

Hacer colaciones para otros fue una práctica normal, utilizada por los editores de los siglos XVII, XVIII y parte del XIX en que las comunicaciones y los accesos a bibliotecas eran en muchas ocasiones prácticamente imposibles. Las anteriores notas constituyen un ejemplo aleccionador de cuánto debe la Filología al trabajo «enorme» de anónimos estudiosos que ponían su saber al servicio de editores extranjeros con mejores medios para suscitar polémica en toda Europa. (32).

## 6. Bentley y la conjetura

RICHARD BENTLEY (1662-1742) es indiscutiblemente el mejor crítico textual anterior a LACHMANN y, en muchos aspectos de la recensión, el filólogo inglés se anticipó a las formulaciones del alemán. En 1699 presentó BENTLEY su famosa disertación: *La Epistola ad Millium*, que iba a suscitar polémica en toda Europa.

(32) M. L. W. LAINSTNER, «Richard Bentley: 1742-1942», *Stud. Philol.* 39, 1942, páginas 510-523. G. P. GOULD, «Richard Bentley a Tercentenary Commemoration», *H.S.C.P.* 67, 1963, págs. 285-302. *Id.* «Introduction to R. Bentley», *Epistola ad Millium* (repr. 1962).



BENTLEY publicó con seudónimo los fragmentos de Menandro y Filemón, además de otras ediciones de autores latinos; editó Terencio, Manilio y los fragmentos de Calímaco y en 1720 publicó una edición griega del Nuevo Testamento, para la que procuró reunir el mayor número de códices que le fue posible, determinando con buen juicio cuáles eran los mejores.

Es conocida su edición de Horacio, porque en ella rechazó la idea de la *recepta lectio*, principio intangible en la crítica textual renacentista. En una nota de esta edición aparece el famoso dicho que tanta influencia iba a tener en la crítica textual posterior (Hor., *Od.*, 3.27.15): *nobis et ratio et res ipsa centum codicibus potiores sunt*. Pero en BENTLEY, al contrario de lo que sucedería con muchos de sus partidarios, toda conjetura debe tener una probabilidad paleográfica, ya que la frase anterior continúa con otra que no debe omitirse: *praesertim accedente Vaticani veteris suffragio*. Su actitud crítica, por lo tanto, no era indiferente con las lecturas de los manuscritos, ya que en ese mismo pasaje postula el *codicum subsidium*.

Antes de proceder a una conjetura, el editor debe averiguar por qué el copista intentó corregir el texto y demostrar paleográficamente cómo la lectura buena pudo deteriorarse al ser mal leída, entendida o comprendida. Tras una lectura detenida del *Horatius* de BENTLEY se llega a la conclusión de que para él las lecturas de los manuscritos no tienen valor absoluto y que, asimismo, cuando la transmisión es defectuosa podemos apartarnos de la tradición manuscrita medieval. Así pues, BENTLEY aconseja seguir las lecturas atestiguadas en la tradición, *nisi me omnia fallunt, plerumque certiora*.

Otro aspecto básico de la doctrina crítica de BENTLEY consiste en que para la comprensión de un poeta no basta el entendimiento, sino que se deben considerar los aspectos individuales e históricos. Y si aplicamos este principio al caso concreto de la conjetura, tenemos que decir que toda conjetura ha de estar de acuerdo con la materia y estilo del escritor y solamente quien conozca a fondo un autor puede formular buenas conjeturas. En palabras de BENTLEY: «en la formulación de conjeturas contra el testimonio de todos los manuscritos, el temor y el pudor prefieren la naturalidad (*aurem vellunt*), y debe dominar el entendimiento, la claridad de las frases y la necesidad misma».

BENTLEY postula que la *emendatio ope ingenii* sea menos discutible que la *emendatio ex codicibus*. Pero esta doctrina no la entendieron así sus seguidores, quienes se creyeron con ingenio suficiente para formular conjeturas, incluso en pasajes en que no eran necesarias. Y en el plano

teórico llegaron a defender que no sólo la *ratio et res ipsa* era más válida que los manuscritos, sino además que el sentido común era más antiguo que los códices (33).

El influjo de BENTLEY en crítica textual fue considerable, y no se limitó exclusivamente a Inglaterra. El abandono de la *lectio recepta o vulgata* por parte del padre de la conjetura moderna iba a tener profundas repercusiones en el campo de la crítica textual del Nuevo Testamento, cuyos exegetas procedían libremente, sin hallarse sometidos al control de ninguna autoridad superior.

### 7. *Las ediciones del Nuevo Testamento en el siglo XVIII y las «Reglas de la Crítica Textual»*

Después del Renacimiento los mejores editores de textos clásicos procuraron reunir lecturas del mayor número de códices que les era posible y contar con abundantes colaciones para dar base firme a sus propias conjeturas. Pero el *textus receptus* de la Biblia se apoyaba en un número escaso de manuscritos griegos, recientes las más de las veces, que pudieron manejar editores como Erasmo (1516), Cisneros (1520) y Stephanus (1550). Los primeros en reunir gran número de variantes a base de manuscritos griegos y versiones fueron los ingleses J. FELL (1675) y J. MILL (1707).

E. WELLES publicó en Oxford entre 1709 y 1719 una edición completa del Nuevo Testamento en la que abandonó el *textus receptus* en favor de la lectura de manuscritos más antiguos.

En 1716 R. BENTLEY había formulado el problema en los siguientes términos (34): «Creo que es posible ofrecer una edición del texto griego exactamente igual que la que existía en los mejores ejemplares, en tiempos del Concilio de Nicea».

Sin embargo, el auténtico trabajo de crítica textual aplicada al Nuevo Testamento comienza con J. A. BENDEL, quien en su edición sigue ciertamente el *textus receptus*, pero en el «aparato» crítico introduce una diferenciación entre tradición asiática y tradición africana. BENDEL formuló por primera vez el principio de la *lectio difficilior*; en la *Praefatio* manifiesta que no es posible una edición científica del Nuevo Testamento sin una clasificación de los códices, según su genealogía; señalando además la necesidad de investigar el lugar de procedencia de los manuscritos. «Todos los documentos, de los que pueden recogerse diferentes lecturas, *variae lectiones*, pertenecen a dos provincias: la asiática (= bizantina) y

(33) KENNEY, *op. cit.*, pág. 343.

(34) C. WORDSWORTH, *The correspondence of Richard Bentley*, 1842, pág. 503.

la africana (= alejandrina)», dice BENGEL, basándose en un criterio manifestado ya por San Jerónimo. El principio local iba a tener gran importancia en el ulterior desarrollo de la crítica textual neotestamentaria. BENGEL habla en su edición de 1734, de *tabula genealógica*, para expresar las relaciones entre los códices. Hoy sabemos que es imposible hacer un árbol genealógico del Nuevo Testamento; sin embargo, el principio de BENGEL era de aplicación válida para cualquier texto (35).

WETTSEIN, en sus *Prolegomena ad Novi Testamenti graeci editionem accuratissimam*, publicados en Amsterdam en 1730, enunció que, entre dos lecturas, debe rechazarse aquella que es más similar a una tercera, de la cual puede derivar en virtud de una interpolación orientada a establecer cierta simetría y armonía. También le cabe a WETTSEIN el mérito de haber formulado exactamente el principio del *usus scribendi*, con el que operamos hoy en día cuando el «mecánico» método del neolachmanismo resulta inoperante (36).

Pero WETTSEIN honestamente nos dice que ya en su tiempo el principio del *usus scribendi* era conocido y aplicado.

Como señaló G. PASQUALI (37), principios afines a los de GRIESBACH fueron ya enunciados por WETTSEIN, sobre la preferencia de la lectura más extraña (*durior*) al uso de la lengua, la lectura menos usual, y la lectura más breve.

Por su parte, LUCAS DE BRUJAS, en la *Praefatio* de su edición del Nuevo Testamento de 1734, explicitó por primera vez otra excelente regla de crítica textual, según la cual la *lectio germana* depende no del número de códices, sino de la cualidad de los manuscritos.

W. BOYER (1763) incluyó entre corchetes aquellos pasajes que consideraba dudosamente auténticos, eligiendo libremente entre las diversas variantes.

M. A. SEMLER (1765), prosiguiendo la labor iniciada por BENGEL, sustituyó el término de *nationes* por el de *recensiones* y admitió tres recensiones diferentes en los manuscritos de la Biblia: la alejandrina, la oriental, o antioquena-constantinopolitana, y la occidental. Insistió en el criterio genealógico de los códices, postulando que una lectura no merecía preferencia por el hecho de ser transmitida en un número elevado de códices. Contra el criterio del mayor número de testimonios se había pronunciado ya WETTSEIN.

(35) G. PASQUALI, *Storia della Tradizione e Critica del Testo*, Firenze, 1952<sup>2</sup>.

(36) *Lectio cum stylo cuiusque scriptoris maxime animum consentiens ceteris paribus praeferenda est.*

(37) G. PASQUALI, *op. cit.*, pág. 10.

SEMLER reunió las reglas de crítica textual, enunciadas por los editores del Nuevo Testamento. Pero estas normas fueron expuestas en forma de doctrina por J. J. GRIESBACH en la *Praefatio* de su segunda edición del Nuevo Testamento (1796) y, con ligeros retoques, son las mismas que leemos en cualquiera de nuestros manuales.

DOM QUENTIN (38) puso de relieve la importancia de las normas de GRIESBACH y G. PASQUALI ha manifestado que merecerían «ser impresas para ser aprendidas como un catecismo por los maestros y estudiantes de Filología» (39). En síntesis, las normas de GRIESBACH son las siguientes (40):

1.<sup>a</sup> *La lectura más difícil y más oscura es mejor que la lectura más fácil y más clara, que el copista pudo comprender más fácilmente, o para decirlo en palabras del mismo GRIESBACH:*

*Difficilior et obscurior lectio anteponenda est eae in qua omnia tam plana sunt et extricata, ut librarius quisque facile intelligere ea potuerit* (pág. LXI).

El criterio de la *lectio difficilior*, como todos sabemos, es esencial para la *recensio* de cualquier texto, sobre todo cuando éste no ha sido transmitido de forma mecánica.

Y la transmisión mecánica para la mayoría de los textos resulta hoy muy discutible. En efecto, es más presumible que una lectura difícil se haya querido esclarecer posteriormente, que no al contrario; la lectura fácil no suele sustituirse por otra más oscura. Lo normal es el paso de lo difícil a lo fácil. Los copistas muestran una generalizada tendencia a facilitar, banalizar y vulgarizar. Y así, en los códices griegos la construcción con infinitivo es más fácil que la construcción con participio.

Todas las reglas de GRIESBACH tienen excepciones y necesitan ejemplificación y muchas precisiones, pero omitimos en este lugar los ejemplos ilustrativos y nos limitamos a la mera formulación de las mismas con un breve comentario:

2.<sup>a</sup> *La lectura más breve, si no está ausente en los testimonios antiguos, debe preferirse a la lectura más larga.*

Esta norma, aunque en GRIESBACH va eumerada en primer lugar, resulta una variante de la regla precedente. Lo normal es que una lectura o un texto corto se haya amplificado y no al contrario, es decir, que un texto largo en su origen se haya abreviado. Pero esta regla, como todas las

(38) *Essais de Critique Textuelle*, París, 1926, págs. 30 y ss.

(39) *Op. cit.*, pág. 10.

(40) *Prolegomena ad Novi Testamenti Graeci Editionem*, Halle, 1796, páginas LIX y ss.

demás, presenta numerosas excepciones. En muchos casos se debe preferir la lectura o texto *longior*, no obstante la norma enunciada por GRIESBACH, en estos términos: *Brevis lectio, nisi testium vetustorum et gravium auctoritate penitus destituatur, praeferenda est verbosiori* (pág. LV), ha ejercido profundo influjo en las ediciones tanto de textos sagrados como profanos.

3.<sup>a</sup> *La lectura más dura debe preferirse a aquella en la que el texto transcurre sin impedimentos*, o en palabras de GRIESBACH: *durior lectio praeferatur eae qua posita, suaviter leniterque fluit*. La finalidad de esta norma está dirigida a rechazar la influencia de expresiones paralelas del propio autor y de otros escritores. Deben rechazarse todas las variantes hechas por razones de paralelismo y de armonización.

4.<sup>a</sup> *La lectura más rara debe preferirse a la más habitual*. Este principio tiene aplicación en las citas realizadas en la Antigüedad, por lo general, con gran libertad. Los copistas posteriores, con frecuencia, allanan la diferencia entre la cita encontrada: lectura rara, y el texto original del escritor que se cita: lectura usual.

5.<sup>a</sup> *Las lecturas enfáticas son sospechosas*. Esta norma, como la siguiente tiene especial aplicación en el campo de la exégesis bíblica.

6.<sup>a</sup> *Deben rechazarse las lecturas motivadas por la piedad religiosa*.

7.<sup>a</sup> *Debe preferirse aquella lectura que a primera vista tiene un sentido equivocado, pero que en el fondo, y después de un examen, ofrece un sentido exacto*.

Con esta regla, GRIESBACH quiere llamar la atención del editor sobre la relación existente entre las variantes de un pasaje determinado.

8.<sup>a</sup> *Entre varias lecturas semejantes de un mismo pasaje, debe considerarse como sospechosa aquella que favorece más claramente la doctrina ortodoxa*.

9.<sup>a</sup> *La lectura que repite una palabra o una idea ya expresada en un pasaje anterior, debe rechazarse*.

Según esta regla, entre dos lecturas debe elegirse aquella que no aparece en otros pasajes.

10.<sup>a</sup> *Debe rechazarse también la lectura que tiene como causa el homoioteleuton*.

11.<sup>a</sup> *Entre varias lecturas similares, la mejor es aquella que explica el origen de todas las demás*.

El empleo de esta regla es muy importante, ya que en muchos casos puede servir de contraprueba. Sólo será válida la elección de una variante si la pueden explicar las otras variantes abandonadas en nuestra investigación.

Esta norma puede aplicarse también para decidir la validez de una conjetura, ya que si dos lecciones se pueden explicar como corrupción de una tercera, que no ha sido transmitida y que se puede reconstruir, es ésta la que debemos elegir.

12.<sup>a</sup> *Las lecturas que parecen glosas deben descartarse.*

13.<sup>a</sup> *Deben rechazarse también aquellas lecturas que se explican con los comentarios de los Padres o con las notas de los escoliastas.*

14.<sup>a</sup> *Asimismo deben rechazarse aquellas lecturas que por primera vez aparecen en los Leccionarios.*

15.<sup>a</sup> *Y aquellas que tienen como fuente la versión latina.*

Todos estos principios o reglas de la exégesis protestante del siglo XVIII van a hacer de la crítica textual un arte difícil que requerirá sólidos conocimientos filológicos y fina sensibilidad literaria. Pero ninguna de estas normas, como se vería después, tiene valor absoluto. Y en todas ellas puede aplicarse el adagio de que «no hay regla sin excepción».

GRIESBACH, además de formular las reglas anteriores sobre la bondad intrínseca de una lectura, recogió también otra serie de principios ya corrientes en la recensión de su tiempo. En una lectura se debe examinar en los códices que la transmiten tanto la autoridad propia y particular del manuscrito como la garantía y crédito que resultan de la confrontación con otros códices. Un códice más antiguo no tiene *a priori* por qué ser mejor que otro más reciente, ya que éste puede ser una copia de otro todavía más antiguo y autorizado. Tampoco debe tenerse en cuenta, según GRIESBACH, el número de códices, sino la autoridad de las familias.

Así pues, a la razón que tanto enaltecía BENTLEY, le siguió en crítica textual cierta rigidez mecánica derivada del apriorismo de la mejor lectura. Sería LACHMANN quien iba a combatir la abstracción y el distanciamiento de los hechos, situando la crítica textual en una perspectiva histórica y dando la debida importancia a la historia del texto. Pero, todavía en la primera mitad del siglo XIX, se iban a producir algunos hechos importantes.

#### IV. BREVES NOTAS SOBRE LA CRÍTICA TEXTUAL EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX.

Las Filologías francesa, inglesa y holandesa en los siglos XVI y XVII, continuadores del Humanismo italiano del XV, habían ampliado el ámbito de la erudición provechosa para entender mejor los escritores antiguos y la exégesis protestante del siglo XVIII había afinado la capacidad crítica y analítica orientada a enmendar lecturas y a fijar un texto más depurado que el que se leía en la *lectio recepta*.

En el paso de la Filología esteticista a la historicista encontramos a I. BEKKER, discípulo de WOLF, que descolló como hábil crítico de textos. BEKKER publicó ediciones de autores importantes: Apolonio Díscolo, Apiano, Josefo, Plutarco, Pausanias, Herodiano, Platón, Aristóteles, Oradores Atíccos, Tucídices, Heródoto, Plinio, Dión, Diodoro y otros. Pero fue sobre todo en su edición de Píndaro donde BEKKER aparece como un gran maestro. Su descubrimiento del período constituye una de las mayores aportaciones en el campo de la métrica, con el consiguiente influjo que el hallazgo supone para una correcta distribución colométrica de las obras líricas.

Durante el siglo XVIII RICHARD DAWES había expuesto en su *Miscellanea Critica* una serie de importantes reglas de Sintaxis griega para enmendar el texto de los clásicos.

Tanto Sintaxis como Métrica, a partir del XIX, van a jugar un papel importante en la depuración de textos.

Una serie de hechos que iban a tener importantes repercusiones en el campo de la crítica textual posterior se produjo en la primera mitad del siglo XIX (41): nos referimos a la clasificación genealógica de los manuscritos. Los primeros ejemplos de *stemmata* en los autores clásicos fueron obra de ORELLI y MADVIG, aunque el primer *stemma codicum* fue dibujado por ZUMPT. La convención de representar los manuscritos reconstruidos por letras griegas se debe a RITSCHL. Y el término arquetipo, en sentido técnico y estricto, aparece explicitado en la edición del *De finibus*, de Cicerón, publicada por MADVIG en 1839.

Todas estas aportaciones, como han demostrado TIMPANARO (42) y KENNEY (43) permiten deducir que la crítica textual de LACHMANN había sido anticipada por sus predecesores y contemporáneos. Las adquisiciones del filólogo alemán pueden reducirse a dos:

Primera. El uso de criterios sistemáticos en la selección de lecturas, *eliminatio lectionum singularium*, principio formulado por primera vez en una reseña publicada en 1817.

Segunda. La reconstrucción de las características físicas y formato del arquetipo de Lucrecio.

Contemporánea de la actividad de LACHMANN fue la obra de C. G. COBET (1813-1889). COBET publicó su *Oratio de arte interpretandi grammatices et critices fundamentis innixa primario philologi officio* en 1847. El

(41) *Op. cit.*, 105.

(42) S. TIMPANARO, *Die Entstehung der Lachmannschen Methode*, 2, Erweiterte u. überarbeitete Auflage, 1971. (Edición revisada y aumentada del libro *La genesi del metodo de Lachmann*).

(43) *Op. cit.*, pág. 106.

autor pone su énfasis en el principio de la *analogia*, confirmado por el uso constante de los escritores. Así pues, la doctrina de COBET se sitúa en una perspectiva muy tradicional. Ante el hecho de que los mejores y más antiguos manuscritos están llenos de errores, postula COBET el recurso a la conjetura (44), pero dentro de unos límites: *Nihil agere qui veterum membranarum venerabilem auctoritatem ac fidem veluti machinam admoveat.*

Será, por lo tanto, la doctrina de LACHMANN la que triunfará definitivamente desde mediados del siglo pasado, pero sobre este punto versará nuestra próxima exposición.

Murcia, mayo de 1980.

---

(44) *Variae Lectiones, Leiden, 1873*<sup>2</sup>, pág. XXXV.